

Lectura del primer capítulo: MIKA EN LA INDIA DE LOS BUDAS

1. Despertar en el paraíso

Cuando Mika abrió los ojos, le pareció que estaba en el paraíso. Se encontraba en medio de un verde prado con un estanque donde flotaban olorosas flores de loto. Un suave viento mecía las copas de los árboles cercanos, desde donde se oía el canto de extrañas aves.

Por el aire húmedo y caliente, entendió que había aterrizado en una región tropical. Pero no podía adivinar mucho más.

Buscó entre las hierbas a su alrededor su visera para protegerse del sol, que empezaba a picar. Luego encontró sus gafas-prismáticos y su reloj. No era un reloj como los demás: en lugar de marcar las horas, señalaba los años. Además, según la esfera de cuarzo líquido estuviese oscura o clara, significaba que la Cápsula del Tiempo estaba cerca o lejos.

Mika comprobó apenada que los dígitos casi no se veían. Eso quería decir que su vehículo para regresar a casa —o al menos intentarlo— estaba lejos de aquel claro en la jungla. Tuvo que hacer sombra con la pata sobre el reloj para poder leer el año al que había viajado:

[-482 a.C.]

Por lo tanto, había retrocedido unos 2,500 años en el tiempo hasta algún lugar del Trópico. Mientras pensaba con nostalgia en su amo, el Profesor Franziskus, y en el pequeño laboratorio de Arizona, la gata viajera se encaminó hacia una alta torre escalonada que sobresalía entre las copas de los árboles.

Pensó que si lograba subir a una de aquellas construcciones de piedra, tal vez pudiera distinguir dónde había ido a parar la Cápsula del Tiempo. Era un engorro para Mika que en cada viaje ella apareciera en un lugar y su vehículo en otro.

Se internó en la frondosa selva vigilando por dónde pisaba —le aterrorizaban las serpientes— mientras de lejos le llegaba un rumor de gritos y risas. Provenían de las torres de piedra.

Al llegar hasta allí, Mika se asomó entre la maleza para contemplar lo que parecía una desigual lucha de espadachines. Un anciano vestido sólo con un faldón blanco atacaba a un joven enclen-

que también medio desnudo. A su alrededor, un grupo de jóvenes con la cabeza rasurada se reían a carcajada limpia del combate.

De repente, una voz felina habló a sus espaldas:

—No tengas miedo. Sólo es una clase de esgrima.

Mika se volvió, sorprendida y a su vez aliviada de que le hablaran en el lenguaje del maullido. Sentado sobre una roca, vio a un gato negro con un medallón blanco bajo la cabeza.

—Mi nombre es Tilopa —se presentó— y soy el gato de este templo. Por suerte tengo toda la mañana libre, porque el ritual no empieza hasta la tarde.

—¿Desde cuando un gato trabaja en un templo? —preguntó la viajera del tiempo— ¿Y quiénes son esos? El sacerdote se enfadará si sabe que se dan clases de esgrima en la puerta.

—Es imposible que se enfade —maulló Tilopa—, porque es el mismo sacerdote quien está instruyendo a ese inútil.

En aquel momento, el joven espadachín rodó por el suelo tras haber recibido una patada de su maestro. Mika se preguntaba en qué país había ido a parar, donde los sacerdotes enseñaban esgrima y derribaban a sus discípulos.

Como si hubiera escuchado los pensamientos de la cronoviajera, Tilopa explicó:

—Los brahmanes, que son nuestros sacerdotes, transmiten el arte de la espada cuando no están en el templo.

«Brahmanes», esa palabra hizo pensar a Mika en la India, una parte del mundo de la que no sabía mucho.

—¿Son bienvenidos aquí los gatos?

—Por supuesto —contestó Tilopa—. De lo contrario yo no tendría el honor de ser el gato del templo. Eso sí: el sacerdote me tiene prohibido cazar ratones. Aquí son sagrados.

—Pero... ¿qué hace exactamente «el gato del templo»? —preguntó Mika muy intrigada.

—¿Quieres saberlo? Es una vieja historia...